



EL COMISARIO

BOLETIN DIARIO DEL COMISARIADO DE GUERRA



Camarada miliciano: Un buen soldado del Ejército del pueblo debe saber compaginar la audacia y la disciplina. Si conseguimos que todos sean audaces, sin dejar de ser disciplinados, el Ejército de la República será invencible.

Año 1

Madrid, 2 de diciembre de 1936

Núm. 27

Para salvar a los tuyos ni un paso atrás, camarada

Todo por la disciplina

La coordinación de las fuerzas que luchan en defensa de la República va realizándose rápidamente. Desde que los facciosos levantaron su puñal para asestar el golpe criminal que había de matar al pueblo español, los combatientes se percataron de la necesidad de crear rápidamente un verdadero Ejército; un Ejército regular, perfecto, para asegurar la victoria sobre el fascismo. Su fina intuición le hizo ver que en la lucha guerrera no se aseguran las posibilidades de éxito hasta que no se logra una acción única que condense la capacidad combativa y una disciplina férrea que permita en el momento propicio movilizarlas eficientemente. Ambas condiciones, impulsadas por un ideal, por el amor a la libertad y a la independencia, se han desarrollado en un corto espacio de tiempo y se van robusteciendo conforme transcurren los días.

Al comenzar el criminal movimiento que ensangrienta a España, los trabajadores tuvieron que lanzarse a la calle a defender su libertad y su derecho sin más unidad ni disciplina que la que le dictaba su fraternidad con sus compañeros y la confianza en aquellos elementos técnicos que, fieles a la causa del pueblo, podían conducirlos y aleccionarlos en las primeras batallas entabladas con el enemigo. Después de este movimiento esporádico de indignación, se impuso la realidad, que nos hizo ver la necesidad de agruparnos en torno a nuestra representación legal y coordinar nuestros esfuerzos para encaminarlos a un objetivo común. El ejército se iba formando, lentamente, pero con paso decisivo y firme. Cada uno se encuadraba en los batallones ya organizados de conformidad con un plan.



Todo por la disciplina

El ejército organizado de nuestros enemigos nos hizo comprender que no se trataba de un pronunciamiento sin importancia. Poco a poco fuimos conociendo en detalle la formación y el desarrollo del movimiento, que era, en verdad, de enormes proporciones, y hubimos de comprender cuán perentoria era la necesidad de agruparnos, de aunar nuestros esfuerzos y colocarlos bajo la dirección de los técnicos con que contábamos.

Cuando miramos hacia atrás y recorremos después el largo camino de los cuatro meses de lucha, nos sentimos orgullosos de la prueba de capacidad dada por los trabajadores españoles. Su valor, su moral y su flexibilidad les permitieron cumplir en todo momento el papel que se les reservaba. Primero, al lanzarse como guerrilleros del pueblo obedeciendo exclusivamente a las órdenes que le imponía su buen criterio, y después, sujetándose a la disciplina que las circunstancias exigían.

Nuestro pueblo ha dado ya los pasos más difíciles de esta guerra civil: aquellos en que se encontraba desorganizado frente a un ejército, a un verdadero ejército, pertrechado con todos los elementos de combate imaginables. Hoy su labor ha de ser menos dura. Sólo le pedimos que conserve su espíritu de sacrificio y de abnegación para vigorizar esa unidad y esa disciplina que ha dado tan maravillosos resultados, para dar una mayor eficacia a las unidades de nuestro Ejército, que han de dar, en plazo no muy lejano, la batalla decisiva que aniquile al fascismo. Nosotros lo esperamos de nuestro pueblo; estamos seguros de que todos sus actos están orientados en este sentido, porque lo contrario sería propio de insensatos, y nuestro pueblo no lo es.

La población civil y las tropas

El comisario político ha de cuidar mucho de que la llegada de nuestras tropas a un pueblo no pueda nunca significar molestias o vejaciones para sus vecinos. Un destacamento que, durante su permanencia en un núcleo urbano, cometa excesos o atropelle los derechos de los que allí viven, hace más daño a la causa que un ataque del enemigo. Debemos tener en cuenta cuál será la reacción de los pacíficos lugareños cuando vean sus humildes casas saqueadas; pensarán, lógicamente, que quienes así proceden no tienen derecho a llamarse revolucionarios y acaso, si no están sólidamente preparados, llegarán a dudar de las excelencias de nuestro ideal, juzgándolo por los hombres que dicen defenderlo.

Se impone, pues, una activa organización de la vigilancia por parte del comisario. En primer término, habrá de asegurarse de que el enemigo no cuenta con aliados más o menos ocultos entre la población civil. Si los hubiera, adoptará las medidas precisas para anular sus posibles actividades, desconfiando de quienes, sin tener antecedentes políticos liberales, se muestren muy fervientes defensores de nuestra causa.

En tal labor depuradora podrá apoyarse en los elementos locales de indudable conducta republicana y societaria. Finalmente, si no pudiera tener confianza plena en esos elementos, buscará ayuda en los vecinos humildes y de clase económica más modesta, a quienes, en todo momento, dedicará preferente atención.

Explicará a los soldados cuál debe ser la conducta que observen con todos los vecinos, y muy especialmente con los pobres, cuyas casas han de ser sagradas para todos cuantos se titulen con razón revolucionarios. Las propiedades de los campesinos, pequeños industriales y obreros son intangibles para nuestras tropas; quien causare daños o perjuicios de cualquier índole a dichos compañeros, deberá ser considerado como indeseable y sancionado con el máximo rigor. Es en estos casos cuando mayor resulta la ejemplaridad de la pena; pero siempre se procurará proceder con arreglo a estricta justicia y procurando explicar netamente las razones morales que hacen imprescindible la sanción.

La conducta honrada, afectuosa y leal de los soldados de la República para con los habitantes de los pueblos en que se hallen destacados producirá una identificación y un compañerismo altamente útiles para el triunfo de la causa y para el mejoramiento moral y material de unos y otros. Una de las primeras consecuencias beneficiosas de tal comportamiento será la de convencer a los campesinos y pequeños propietarios, que aun dudan, de que somos sus mejores aliados y sus más firmes defensores. Lo han de ver prácticamente y sentirse auxiliados en todo instante.

Tan pronto como adquieran ese convencimiento se convertirán en nuestros auxiliares, nos facilitarán el cumplimiento de nuestros deberes militares, subsanarán las deficiencias de nuestros servicios de alojamiento y de intendencia y, en una palabra, nos demostrarán su plena solidaridad. Podremos contar con ellos para los trabajos auxiliares de fortificaciones, aprovisionamiento, etc., etc.

Es particularmente útil esta solidaridad cuando hay que evacuar el pueblo; si se ha logrado el afecto y la preparación de los vecinos, éstos organizarán la defensa una vez salidas nuestras unidades.

He aquí una labor importantísima que requiere el máximo entusiasmo y la mayor actividad de los comisarios políticos. Pocas habrá que más redunden en beneficio de la causa común.



CONSEJOS A LOS MILICIANOS

LAS POSICIONES

Tan importante como conquistar reductos o, en general, terrenos ocupados anteriormente por el enemigo es organizarlos de manera que nos permita mantenernos firmemente en ellos. De nada serviría el sacrificio realizado para evacuar a las fuerzas contrarias de sus refugios o trincheras si después estuviéramos a merced de cualquier golpe de mano que intentaran para recuperarlas.

Es, pues, imprescindible prevenirse contra un posible contraataque o una ofensiva, que se produzcan como reacción del adversario, una vez repuesta de su descalabro.

La infantería se dispondrá en dos posiciones: una de vanguardia o avanzada y otra de resistencia. La primera, de seguridad o defensiva para un primer ataque; la de seguridad, que habrá de mantenerse aun a costa de todos los sacrificios mientras no

sea absolutamente imposible continuar en ella.

En la de seguridad se ejercerá la vigilancia precisa para dar la voz de alarma en caso de peligro y se opondrán sus ocupantes a los embates del enemigo sólo hasta que la de resistencia esté prevenida y en disposición de repeler con todo vigor el ataque.

A su vez, la segunda posición constará de tres líneas: la de resistencia, inabandonable; la de apoyo, complementaria de la anterior y destinada a reforzarla en caso de que sea quebrantada, y la de detención, que señala el límite, que no debe en ningún caso rebasar el contrario. En distintos lugares de la posición se situarán núcleos de reserva con objeto de que puedan ser empleados rápidamente en contraataques.

Cuando las fuerzas del adversario ataquen nuestras posiciones se comenzará por rechazarlo con fuego continuado de fusilería, en cortina, y a ser posible también con los tiros de algún cañón, convenientemente situado en cada uno de los más importantes puntos de la línea. Es de gran efecto moral la iniciación de un contraataque después de rechazar momentáneamente al enemigo o cuando se han perdido puestos que es preciso recuperar.

Frecuentemente los ataques a nuestras posiciones irán precedidos de fuerte acción artillera; tras de la barrera de obuses, la infantería se lanzará contra nuestros reductos, aprovechando el efecto de las explosiones en nuestras filas. Debemos, por ende, prever el peligro, conservando la serenidad para que no nos encuentre desprevenido el movimiento; son utilísimos para ello los servicios de centinela.

Se procurará siempre acogerse al refugio de las trincheras, abandonando para esto los reductos que hayan sido batidos con mayor violencia por la artillería contraria. Es de capital importancia que cada cual ocupe el puesto que le corresponda, oportunamente.

Las fuerzas de las avanzadas avisarán a los núcleos que estén detrás mediante cohetes y resistirán el avance del adversario hasta recibir la orden de repliegarse. Una vez interrumpida la cortina de fuego de artillería los combatientes reconstituirán la línea de fuego y proseguirán peleando para rechazar o cuando menos desarticular el ataque y no cesarán en esta labor aun cuando haya habido infiltraciones enemigas en algún punto.

Entonces las fuerzas que ocupen la línea de resistencia se lanzarán a la contraofensiva, con objeto de recuperar la posición de avanzada que nos hubiéramos visto obligados a abandonar.



EL ANCIANO JOVEN

Junto a la carretera, un viejecillo, de cabeza blanca y arrugada piel, contempla el paso de nuestro vehículo y nos saluda, puño en alto. Mezclado con el ruido del motor percibimos unas palabras que no entendemos. Hacemos detener el coche, y nos apeamos para acercarnos al anciano y preguntarle qué es lo que quería.

—Nada—nos contesta—. Sólo decía ¡salud, compañeros!

—¿Qué haces aquí? ¿Quieres que te llevemos a alguna parte?

—Estoy trabajando en las fortificaciones. Aun servimos para algo.

—Trabajando, a tus años?

—Si sólo tengo setenta y dos! Me quedan fuerzas para picar tierra siete u ocho horas diarias. ¡Ay, si yo tuviera veinticinco

años... o aunque fueran cincuenta!

—Buen ánimo tienes, abuelo! Muchos jóvenes lo quisieran para sí. Y ahora, ¿adónde has de ir? ¿Quién te llevará a tu casa?

—He de ir al pueblo. Total, seis kilómetros. ¡Llévame! Estas dos ruedas, que aun caminan bien—y se señala las piernas.

Venciendo su resistencia, casi a la fuerza, hemos metido al viejo en nuestro auto y lo hemos conducido a su domicilio. En el corto trayecto nos ha hablado de su vida de luchador proletario; de sus múltiples actividades de tiempo atrás; de un porvenir en el que confía ciegamente. El anciano, al hablarnos del futuro, se reanima: sus ojos, rodeados de arrugas, chispean de entusiasmo. Su vigor nos impresiona vivamente.

Al dejar al veterano luchador en su humilde casita, a cuya puerta le esperan sus nietecillos juguetones y su compañera, pensamos en la admirable lección de juventud que nos da ese hombre anciano, fatigado por la larga vida de trabajo, privaciones, desdichas y desengaños.

Nada ha logrado hacer mella en ese corazón firme, en esa voluntad férrea. El viejecillo siente un ideal, lo defiende como puede, manejando un pico para preparar trincheras donde se parapeten los que pertenecen a otra generación.



¡VENCEREMOS!

En estos momentos en que el enemigo hace esfuerzos desesperados por conquistar Madrid recuerdo las palabras pronunciadas por el camarada Arconada en el mitin del Monumental, cuando los facciosos avanzaban hacia nuestra ciudad, y con él preguntó: ¿Quién dijo que Madrid no vivía la guerra? ¿Quién dudó que Madrid daría su vida por la causa del proletariado? Ahí tenemos el ejemplo: el enemigo ha llegado a sus puertas, más en ellas se ha parado. Un muro se levanta ante ellos; no es de piedra, pero se le asemeja por su fortaleza. Lo forman los parias, y no hay quien lo franquee; algo hay que les impide retroceder: es la vida de sus hijos, la honra de sus mujeres... su propia vida, y ante esto no retrocederán jamás; no pueden hacerlo y... no lo harán.

¡Oye! bien, bestia feroz! Desespérate ante esta ciudad, que jamás conquistarás! Eres demasiado poco para someter a Madrid, aunque en ello te ayuden las fieras internacionales; has

tópado con hombres amantes de sus libertades y dispuestos a no dejárselas arrebatarse, y cuando un pueblo se empeña, no hay fuerza en el mundo capaz de contrariarlo, máxime si este pueblo es el español, que jamás reconoció tiranos.

Todo el que haya tenido relación con los milicianos, todo el que haya vivido su vida, el que con ellos haya estado en las trincheras, no dudará de mis palabras. Cuando, después de una operación, te acercas a ellos, los encuentras más fuertes, más dispuestos a luchar para destruir al enemigo; cuando las bestias lanzan proclamas invitando al rendimiento, amenazando bombardearlos, los milicianos rien... rien y encrispan los puños; sus ojos buscan el fusil y, al verle, se sienten fortalecidos. Está allí su mejor amigo, el guardián de sus libertades. Oye nuestra aviación vigilante... contempla la proclama y me con seguridad! Lo contempla con desdén porque está seguro del triunfo y nadie se lo arrebatará!

Un Comisario.

Sabe bien que defiende la libertad contra la tiranía. No ignora lo que ha sido el pasado y acierta a vislumbrar lo que será el porvenir. Se sobrevive, se rejuvenece; siente hervir la sangre que creíamos dormida, cansada de tanto correr por venas y arterias al través de setenta y dos años.

Y al regresar a la capital, amenazada por las hordas fascistas, martirizada inicua y cobardemente por los piratas del aire y los bandoleros de la tierra, pensamos en el ejemplo que da a todos los jóvenes este viejo, pobre y cansado labriego que, en el ocaso de una vida de trabajos y

La biblioteca debe ser el más poderoso auxiliar del comisario político. En cada cuartel, en cada unidad, en cada ciudad o pueblo de la retaguardia ha de quedar organizada rápidamente una biblioteca.

Los camaradas comisarios políticos solicitarán instrucciones de este Subcomisariado de Propaganda, que a través de "Cultura Popular"—hoy bajo su control—ha organizado este servicio, tan necesario en un Ejército popular como el que a lo largo de esta lucha estamos forjando.

¡VIVA LA SOLIDARIDAD!

El pueblo español ha demostrado en muchas ocasiones su entusiasmo y su agradecimiento por la actuación de las Brigadas Internacionales que luchan aquí, en el frente de Madrid. Queremos rendir público homenaje a esas muestras de simpatía que sellan la fraternización entre los representantes de los pueblos europeos y los valientes luchadores españoles, incitándonos a intensificar nuestra acción para aplastar el monstruo fascista que tiende sus garras criminales sobre este país.

Dos casos concretos de esa solidaridad nos han sido demostrados con los siguientes hechos:

La 1.ª Brigada Internacional recibió del Comité de Obreros y Empleados de la Ciudad Universitaria un donativo de 2.300 pesetas, las cuales han sido invertidas inmediatamente en pitillos y chocolate para los heridos que se encuentran en el Hospital Obrero, habiendo, naturalmente, participado en la distribución los heridos españoles hospitalizados allí.

El Partido Socialista de Alicante hizo a nuestra Brigada Internacional un donativo de coñac, chocolate y tomate en conserva.

La delegación que acompañaba esos donativos ha querido expresar, en nombre del Partido Socialista de Alicante, su profundo agradecimiento a los representantes del Frente Popular europeo que ofrecen su sangre para la causa común de libertad y de la paz.

La 1.ª Brigada Internacional envía sus más calurosos saludos a los dos organismos mencionados y al pueblo español, comprometido a luchar encarnizadamente al lado de este pueblo generoso hasta el triunfo definitivo sobre las fuerzas reaccionarias que le quieren esclavizar.

